

ESCUELA DE CATEQUISTAS / FORMACIÓN PERMANENTE  
Diócesis de Alcalá de Henares

# LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

Tema 5:

«TÚ ERES EL CRISTO»,

## UNA CONFESIÓN QUE RECOGE LAS AGUAS DE TODA LA ESCRITURA (II)

### I. RECAPITULACIÓN

Estamos recorriendo los contenidos que el término «Mesías» va recogiendo según va avanzando la Revelación, desde el mismo inicio de esa revelación hasta su plenitud, cuando Dios envía a su Hijo, que se hace hombre, muere, resucita y envía al Espíritu Santo sobre su Iglesia.

Recapitulamos toda la historia del término «mesías» de forma sintética, proyectando una presentación de las ideas y textos claves, hasta llegar a la lectura del salmo 89 y con ella a cómo la época del exilio vivió la espera del Mesías.

### II. EL MESIANISMO EN LA DEPORTACIÓN Y EL EXILIO (s. VI a. C.)

El acontecimiento que conocemos como «la deportación» va acompañado de algunos acontecimientos desastrosos para el pueblo de la Antigua Alianza: la destrucción de Judá como reino, que llegue a desaparecer como nación, que la población sea diezmada y destruidos el Templo y la ciudad de Jerusalén, símbolos de la elección divina y de su identidad como pueblo, y el exilio de un gran número de los supervivientes a Babilonia... Todo ello va a su poner un duro golpe a la fe judía: ¿Está o no está Dios con nosotros?

El salmo 89 que leeremos ahora expresa perfectamente este estado de consternación. Si Dios es Poderoso, el creador de todo, el único Dios verdadero, si es fiel a sus promesas, ¿cómo

es posible que haya permitido esta destrucción atroz? El salmo no da una explicación, sencillamente deja traslucir la queja y la turbación, pero junto a eso reafirma la fe en Dios y en su alabanza.

En realidad, la predicación del profeta Jeremías, anterior a la deportación, ayudó a interpretar el porqué del desastre: el abuso de Dios y de su promesa de fidelidad, como si fuese un ídolo al que se le puede usar; y la falta de una fe verdadera, de una verdadera entrega a Dios de corazón. Esta era básicamente la explicación del desastre. Israel había usado a Dios como si fuera un amuleto, como si pudiese vivir de espaldas a la Ley, a la Alianza y, luego, esperar su protección. La deportación aparecía así como la consecuencia lógica del pecado de Israel. Pero no solo: Jeremías había predicado también que el sufrimiento inminente supondría la purificación de la fe, que prepararía la conclusión de una «nueva alianza», no externa, escrita en piedra, sino interior, escrita en el corazón. El corazón en la Biblia no es solo la sede de los sentimientos, sino el núcleo vital del hombre, de su inteligencia, de su voluntad y también de sus afectos.

Vayamos al salmo que expresa muy bien el estado de conmoción de Israel ante el desastre y lo contempla además desde el punto de vista de la esperanza mesiánica:

<sup>89,2</sup> Las misericordias del Señor cantaré eternamente;  
de generación en generación  
anunciaré con mi boca tu fidelidad.

<sup>3</sup> Pues he dicho:

«La misericordia está edificada para siempre;  
tu fidelidad está firme en los cielos».

<sup>4</sup> «Una alianza sellé con mi elegido,  
juré a David, mi siervo:

<sup>5</sup> “Afirmaré tu descendencia para siempre,  
construiré tu trono por todas las generaciones”».

<sup>6</sup> Los cielos proclaman tus maravillas, Señor,  
y tu fidelidad en la asamblea de los santos.

<sup>7</sup> Pues ¿quién sobre las nubes es igual al Señor?  
¿Quién semejante al Señor entre los hijos de los dioses?  
[...]

<sup>9</sup> Señor, Dios de los ejércitos, ¿quién como Tú?  
Eres poderoso, Señor, te rodea tu fidelidad.

<sup>10</sup> Tú dominas la arrogancia del mar,  
Tú amansas sus olas cuando se encrespan,

<sup>11</sup> Tú pisoteaste a Rahab, como un cadáver,  
dispersaste a tus enemigos con brazo fuerte.

<sup>12</sup> Tuyos son los cielos, tuya es la tierra;  
el orbe y cuanto lo llena, Tú los fundaste.  
[...]

<sup>14</sup> Tú tienes un brazo poderoso,  
firme es tu mano,alzada tu diestra.

<sup>15</sup> Justicia y derecho son el fundamento de tu trono,  
misericordia y fidelidad preceden tu rostro.  
[...]

<sup>20</sup> Un día hablaste en visión  
a tus fieles, diciéndoles:  
«He prestado mi ayuda a un héroe,  
he exaltado entre el pueblo a un elegido.

<sup>21</sup> He hallado a David, mi siervo,  
lo he ungido con mi óleo santo.  
<sup>22</sup> Mi mano estará firme con él,  
mi brazo le hará fuerte.  
<sup>23</sup> No habrá enemigo que lo sorprenda,  
ni hijo de iniquidad que lo oprima.  
<sup>24</sup> Destrozaré a sus adversarios ante él,  
heriré a los que lo odian.  
<sup>25</sup> Con él estarán mi fidelidad y misericordia,  
y en mi Nombre será exaltado su poder.  
<sup>26</sup> Extenderé su izquierda sobre el mar,  
y su diestra sobre los ríos.  
<sup>27</sup> Él me invocará: "Tú eres mi Padre,  
mi Dios, la Roca de mi salvación".  
<sup>28</sup> Yo lo constituiré mi primogénito,  
el más eximio entre los reyes de la tierra.  
<sup>29</sup> Le guardaré por siempre mi misericordia,  
mi alianza con él será firme.  
<sup>30</sup> Asentaré su linaje para siempre,  
y su trono como los días de los cielos.  
<sup>31</sup> Si sus hijos abandonan mi Ley  
y no caminan según mis normas,  
<sup>32</sup> si violan mis preceptos  
y no guardan mis mandamientos,  
<sup>33</sup> castigaré con vara sus delitos  
y con azotes su culpa.  
<sup>34</sup> Pero no le retiraré mi gracia,  
ni faltará a mi fidelidad.  
<sup>35</sup> No violaré mi alianza,  
ni anularé la palabra de mis labios.  
<sup>36</sup> Una vez juré por mi Santidad:  
"No mentiré a David.  
<sup>37</sup> Su linaje será perpetuo,  
y su trono como el sol en mi presencia;  
<sup>38</sup> como la luna, siempre permanecerá  
como fidedigno testigo en el cielo"».   
<sup>39</sup> Pero Tú lo has rechazado y repudiado,  
te has airado con tu Ungido,  
<sup>40</sup> has roto la alianza con tu siervo,  
has profanado su diadema hasta el fango.  
<sup>41</sup> Has destruido sus murallas,  
has derruido sus fortalezas.  
<sup>42</sup> Cualquiera que pasa por el camino lo saquea,  
se ha convertido en burla de sus vecinos.  
<sup>43</sup> Has exaltado la diestra de sus adversarios,  
has llenado de gozo a sus enemigos.  
<sup>44</sup> Has vuelto como el filo de su espada,  
y no le has auxiliado en el combate.  
<sup>45</sup> Has puesto fin a su esplendor  
y has echado por tierra su trono.  
<sup>46</sup> Has acortado los días de su juventud  
y lo has cubierto de ignominia.

<sup>47</sup> ¿Hasta cuándo, Señor, continuarás escondido y arderá tu furor como el fuego?

[...]

Lo lógico hubiera sido, quizá, que la esperanza mesiánica, centrada en un Mesías-Rey, se hubiese perdido. En primer lugar, porque la idea del mesías estaba asociada fundamentalmente al rey. La monarquía había propiciado la división del pueblo de Dios, de los reinos del Norte, el Reino de Israel, y el Reino del Sur, el Reino de Judá. Y primero en el Norte y luego en el Sur la monarquía había sido en gran medida responsable de la ruina política, del fin de Israel y de Judá como nación. La destrucción de Jerusalén, del Templo y la deportación había significado el culmen de este proceso de destrucción. Insisto: la figura de los reyes, mesías cada uno de ellos en su tiempo concreto, había influido en este proceso de autodestrucción. Hubiera sido lógico que la promesa de un Mesías-Rey hubiera terminado por naufragar, por olvidarse.

Además, la experiencia en el exilio ponía ante los ojos del pueblo de Israel una imagen del monarca que era del todo incompatible con su fe monoteísta. Era la idea de los reyes como seres divinos, como "dioses". Israel no podía aceptar esta idea. Por importante o poderoso que fuese el rey no podía ser sino un hombre. Un par de pasajes conocidos por todos nos dan una idea del contraste de estas dos concepciones: la imagen de los tres jóvenes en el horno; o el pasaje de Daniel en el foso de los leones.

Por todo eso decía que hubiera sido fácil o normal, casi lógico, que en el periodo del exilio, la idea del Mesías-Rey fuese olvidada. Sin embargo no fue así.

Lo que ocurrió, más bien, fue que la idea del Mesías-Rey se separó de la experiencia concreta que Israel tenía de los reyes que habían ido sucediéndose desde David; y también de la experiencia de la realeza que tuvo en contacto con otros pueblos, que habían rodeado de un halo de gloria y de poder, incluso divinos, a sus reyes. Israel separó su idea del Mesías-Rey de estas dos imágenes que le ofrecía la experiencia.

En realidad, el progreso que se percibe en la idea que Israel tiene del Mesías, el progreso de su esperanza mesiánica, no tiene mucha explicación si no está alentada por la misma revelación de Dios. Es Dios el que va educando a Israel por medio de los acontecimientos históricos y por medio de la palabra de los profetas.

En el destierro y después del destierro, Israel va a dar un paso que ya habían preparado y comenzado los profetas Isaías y Miqueas: una espiritualización de la idea del Mesías-Rey. No que esperasen un mesías que fuera algo más que un hombre, pero sí un Mesías-Rey que en nada se pareciese a los anteriores y que fuese definitivo, escatológico, que no implicase la muerte de uno y la sucesión de otro, que estuviese vinculado con un tiempo nuevo. El único

referente histórico a partir del cual pudieron entrever al futuro Mesías-Rey era el rey David, por su cercanía y obediencia a Dios, como si fuese un hijo, y por el hecho de ser conducido por el Espíritu de Dios.

Estas dos características, tomadas del rey David, serán subrayadas por los profetas Isaías y Miqueas como las grandes características del Mesías-Rey, aunque no nos hemos parado en sus textos por falta de tiempo. Junto a estos dos elementos, que caracterizan la personalidad del Mesías-Rey futuro, está el hecho de que será definitivo (escatológico) y los dones que traería, a los que ya hemos hecho referencia (*pax et revelatio*): la paz de Dios y el conocimiento de Dios.

Lo que ocurre en el exilio y tras el exilio es que se profundiza en estas ideas.

Los salmos que cantaban la gloria del Mesías-Rey, los llamados “salmos reales” —que tampoco hemos leído por falta de tiempo—, fueron a partir de entonces releídos en otra clave, no en la clave de la exaltación del rey presente, porque ya no existía, sino referidos a un MESÍAS futuro, glorioso y victorioso, en un orden nuevo del mundo, un mesías escatológico. La esperanza mesiánica se va a alimentar durante siglos de estos viejos salmos y de otros textos.

Vamos a fijarnos en cómo se concretan estas ideas sobre el Mesías durante el tiempo de la deportación en dos libros de la Escritura que se refieren a esa época:

- a) En la segunda parte del libro del profeta Isaías (a partir del capítulo 40, porque los capítulos anteriores corresponden a un periodo histórico bastante anterior y ya hicimos alusión a ellos anteriormente, aunque de pasada). Esta segunda parte del libro de Isaías fue escrito después de la deportación y seguramente desde la misma Jerusalén, ya arrasada.
- b) Y también nos vamos a fijar en el libro del profeta Ezequiel, que ejerce su ministerio entre los deportados, esto es, en Babilonia.

### A) LA SEGUNDA PARTE DEL LIBRO DE ISAÍAS (EL DEUTEROISAÍAS)

1. Una idea básica: el Dios de Israel es el creador del cielo y de la tierra.

La segunda parte del libro de Isaías parte de una idea básica: que el Dios de Israel es el creador del cielo y de la tierra, que es una forma de decir que es el creador de todo, que, a su vez, es una forma de decir que nada se sustrae a su poder y que él es el único Dios. Su poder no está reducido a los límites de Palestina o del pueblo

judío. Es un Dios universal, no hay otro. Su poder no tiene parangón ni límite alguno en el espacio, en el tiempo o en los pueblos diversos.

Apoyado en esta idea central contempla la caída del imperio Babilónico, una caída que encabeza Ciro, rey de Persia, que después de conquistar Babilonia (a. 538), emitirá un edicto liberador, que permitirá a los judíos volver a su tierra y reconstruir Jerusalén y el Templo. El Dios creador de todo, el Dios universal es también el Dios que gobierna la historia y al hombre, el Dios providente que toma como instrumento de su justicia a quien quiere.

2. Una nueva creación, escatológica y universal.

Pero si Dios es el creador de todo, si gobierna la historia, entonces también puede recrear lo que es obra de sus manos. Esta segunda parte del libro de Isaías (o «Deuterisaías») anuncia la restauración de Israel como pueblo y como nación. Pero no se trata solo de la vuelta a la situación anterior al destierro, sino que profetiza una renovación completa y definitiva del pueblo de Dios, una nueva creación.

El profeta no verá cumplirse en su época esta profecía. Eso solo ocurrirá cuando la historia «llegue a su plenitud» (Cf. Gal 4,4). Históricamente, la vuelta del destierro estuvo marcada por la inestabilidad, por la lucha y por las dificultades.

Pero digamos una palabra sobre esta nueva creación que se profetiza. Muchas veces los textos del libro de Isaías que hablan de la vuelta de los deportados se han interpretado como la profecía de un nuevo éxodo, a imagen de la antigua salida de Egipto. Según eso, la vuelta del destierro sería como un nuevo éxodo. Los textos tienen elementos que invitan a leerlos así. Pero, sobre todo, lo que se deja traslucir es la visión y la promesa de una nueva creación, una renovación completa del estado de cosas, de todas las cosas, de un nuevo orden en el mundo. Aquí vuelve a ser determinante la idea que antes señalaba: solo el Dios creador de todo es capaz de hacer de nuevo todas las cosas. Solo el Dios creador puede re-crear (Cf. Is 40,12-22) a su pueblo.

La nueva creación supone el paso a un tiempo nuevo y definitivo, supone un corte entre «las cosas pasadas» y «las cosas futuras», que, desde luego, no afecta solo al territorio de Palestina ni al pueblo judío, sino al universo entero creado por Dios. Un signo de este universalismo es la contemplación de Ciro, el rey persa que conquista Babilonia y dicta la libertad de los judíos, como un instrumento en manos de Dios, siendo así que Ciro no es ni judío ni participa de la fe de Israel. Y desde luego, esta nueva creación no la vieron los judíos con la vuelta del destierro.

Ahora, ¿qué es de la imagen del «Mesías»? Encontramos dos ideas fundamentales, que parecen dos ideas separadas y de difícil encaje. De hecho, que las dos tengan que ver, que las dos hablen del Mesías-Rey solo se entenderá en la persona de Jesús, cuando Jesús lleve su ministerio real, es decir, su «ser rey», a su fin, en la cruz.

a) Dios mismo al frente de su Pueblo.

La primera de estas ideas es que el verdadero Rey (y por lo tanto el verdadero mesías) de Israel no será en este orden nuevo que se contempla, un hombre, sino Dios mismo. Dios en persona se pondrá al frente de su pueblo. Es decir, ya no se anuncia a un rey justo o sabio, un rey que traerá el conocimiento de Dios y la paz de Dios, tal como se anunciaba en la primera parte del libro de Isaías (Is 1—39), sino que Dios mismo se hará cargo de su pueblo (Is 42,16). «No hay necesidad de reyes sabios, ni buenos gobernantes [...] Las antiguas promesas hechas a David (55,1-5) son ahora la garantía de una alianza establecida directamente con el pueblo». Dios mismo se pondrá, en el nuevo eón, al frente de su pueblo.

Desde luego que los textos no dicen cómo, ni ningún hombre hubiese podido imaginar realmente el cómo: a Dios haciéndose hombre para ponerse al frente de la humanidad, como su verdadera cabeza, como su verdadero rey. En Jesús, Dios es el Mesías, Dios mismo es el Rey que conduce a su pueblo. De alguna forma esta revelación prepara algo que los judíos no podían imaginar: un mesías-rey que fuera algo más que un hombre, pero no al estilo de los reyes paganos, artificiosa y falsamente divinizados, idolatrados, sino el Dios verdadero que se hace hombre y que se pone, como hombre verdadero, al frente de su pueblo.

b) El siervo doliente de Dios.

La segunda idea es la idea de que Dios llevará a cabo su obra a través del sufrimiento redentor de un siervo, de «su siervo». De esto se habla en los textos que se conocen como los cantos del Siervo (4 cantos en total), aunque las referencias a este siervo de Dios no se limitan a estos cuatro poemas, hay más referencias diseminadas por la obra.

El siervo, el esclavo, es el mediador de una salvación futura, pero una salvación a través del dolor, que se interpreta en el pago de una deuda, una deuda contraída por otro. La realidad del mal objetivo que es el pecado se contempla en la destrucción que acarrea para aquel que lleva sobre sí el pecado del mundo. Sorprendentemente, que el

inocente lleve el peso y las consecuencias del pecado, trae la salud, la salvación, a los culpables. Pero es una salvación que tiene un precio, que cuesta la vida del inocente.

El sufrimiento del siervo se convierte para los demás en salvación, en camino hacia la reconciliación con Dios.

Esta idea del sufrimiento redentor del inocente es totalmente nueva.

Ni el libro de Isaías ni el judaísmo posterior vio en este siervo doliente la imagen del mesías-rey. Pero después de que Jesús se presentase a sí mismo como el siervo que viene a hacer no su propia voluntad, sino la voluntad de su Padre, que se manifestase como siervo que se pone a lavar los pies de los suyos, después de que Jesús interpretase su realeza en la cruz, después de que llevase a cabo su mesianismo llevando sobre sí el pecado del mundo, como el siervo de Dios. Después de que él mismo interpretase su muerte como un sacrificio, como la ofrenda de su cuerpo y su sangre “para la remisión de los pecados”, después de todo esto, los cristianos relacionarán al siervo con el hijo. Además en griego, el griego en el que los Apóstoles y la primitiva Iglesia leía el AT, «siervo» tiene también la acepción de «hijo». Así pues, como decía, la Iglesia no pudo sino ver en «el siervo doliente de Dios», anunciado por el libro de Isaías, la imagen del verdadero Mesías, la imagen de Cristo en la cruz.

### B) EZEQUIEL

Como hemos dicho, el profeta Ezequiel ejerce su ministerio fundamentalmente entre los deportados en Babilonia. Ezequiel realmente era un sacerdote que se convierte en profeta. Seguramente eso explique el acento que pone en que el Templo y su culto será restaurado. Eso es lo que anuncia a su pueblo, pero, en línea con las exigencias de Jeremías, un culto nuevo, que implique de verdad el corazón del hombre —el centro del hombre— y su vida.

¿Qué imagen ofrece del Mesías? Su imagen del Mesías se aleja de la gloria y del poder, de la riqueza y de la vanidad, la imagen del mesías es la imagen de un pastor que conduce a su pueblo. En realidad, la caracterización del rey como un pastor no era nueva, porque en muchos de los países orientales, también ya antes en Israel, el rey es «el pastor», el que guía al pueblo. Lo que es nuevo realmente es, primero, que aparece como un pastor realmente humilde, desprovisto de cualquier otro atributo propio de los reyes; y, segundo, que en algún momento este pastor se identifica con el mismo Dios: «**Yo mismo conduciré a mis ovejas**». En esta idea coincide con lo que hace un momento hemos dicho del Deuteroisaias.



## La Escritura en la catequesis

Cuando Jesús, en la parábola que nos transmite san Lucas, utiliza la imagen del pastor que va tras la oveja perdida, tiene detrás las profecías de Ezequiel, como cuando se designa a sí mismo, en el evangelio de san Juan, como el «Buen Pastor», que da la vida por sus ovejas<sup>1</sup>.

Jesús es el Mesías, que como rey conduce a su pueblo, pero lo conduce con la modestia, con la humildad, con el báculo de su cruz, pobre y desnudo.

Lo cierto es que las ideas sobre el Mesías-Rey y de su reino, que aparecen tanto en la segunda parte de Isaías como en Ezequiel, no se van a cumplir inmediatamente. Van a quedar ahí, suspendidas, esperando su cumplimiento, que solo llegará con la persona de Jesús. Y una vez cumplidas en él se entenderán en su radicalidad.

En el desarrollo histórico de la mentalidad judía, lo que desde luego supuso el destierro a Babilonia, con todo el desastre al que ya hemos hecho referencia, fue la puesta en crisis de la monarquía tal como se había conocido hasta ahora. Eso ayudó sin duda a que se desarrollasen las ideas que hemos expuesto sobre el Mesías en Isaías y en Ezequiel, y eso determinará también lo que ocurrirá tras la vuelta del destierro.

---

<sup>1</sup> La Biblia de Navarra dice en sus notas, a propósito de Ez 34,1-31: «La imagen del pastor para referirse a los dirigentes sociales y a los dioses aparece en algunos escritos sumerios y egipcios. En la Biblia se aplica con frecuencia a los reyes (1 R 22,17), quizá a raíz de David, pastor de ovejas (1 S 17,34; Sal 78,70-72), y también al Señor (Sal 23,1-6; 80,2-3). Los profetas, en especial Jeremías, acuden a la imagen del pastor cuando hablan de los que rigen, sean reyes o sacerdotes (cfr. Jr 2,8; 10,21; 25,34-36; Za 11,4-17). En este primer discurso a los deportados, Ezequiel habla de los malos pastores, es decir, de los malos dirigentes que llevaron al pueblo al desastre del destierro (vv. 1-10) y, en contraste, del Señor, Pastor supremo que asume la responsabilidad de regir personalmente a su pueblo sin intermediarios (vv. 11-22), y del nuevo dirigente-mesías que Dios mismo pondrá al frente de los suyos: será el nuevo pastor, David, que conducirá al rebaño a los mejores pastos (vv. 23-31). Jesús retomará esta imagen como muy adecuada para expresar su función mesiánica y salvadora (Jn 10,1-18), y su cometido de Juez supremo y escatológico (cfr. Mt 25,31-46). Pero el Señor no sólo lo afirmó con sus palabras, también lo hizo con sus gestos. Cuando en la multiplicación de los panes (cfr. Mc 6,33-44 y par.), Jesús reúne a los que le seguían porque estaban «como ovejas que no tienen pastor» (Mc 6,34; cfr. Ez 34,5), y les alimenta con el pan y con la palabra de su enseñanza, está actualizando esta profecía de Ezequiel, en la que se prometía un nuevo rey, un verdadero pastor, y una Nueva Alianza. Él es, pues, el pastor que congrega a todos los hombres para llevarlos a la salvación: «Él es quien, sin excluir a ningún pueblo, ha reunido en una sola grey las santas ovejas de todas las naciones que hay bajo el cielo, realizando cada día lo que prometió cuando dijo: *Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo pastor*» (S. León Magno, *Sermones* 63,7). Y como enseña Juan Pablo II: «La imagen de Jesucristo, *Pastor de la Iglesia*, su grey, vuelve a proponer, con matices nuevos y más sugestivos, los mismos contenidos de la imagen de Jesucristo, Cabeza y Siervo. Verificándose el anuncio profético del Mesías Salvador, cantado gozosamente por el salmista y por el profeta Ezequiel, Jesús se presenta a sí mismo como «el buen Pastor», no sólo de Israel, sino de todos los hombres. Y su vida es una manifestación ininterrumpida, es más, una realización diaria de su «caridad pastoral» (*Pastores dabo vobis*, n. 22).

### III. EL MESIANISMO DESPUÉS DEL EXILIO.

—El Sumo Sacerdote como «ungido»—

Después del destierro resurge momentáneamente la esperanza de una restauración de la monarquía con Zorobabel, que ejerce las funciones de gobernador, pero nunca será coronado ni ungido. La monarquía judía había llegado a su fin.

Si no fue un rey el que asumió la autoridad de Israel en la vuelta del destierro, ¿quién la asumió? Pues poco a poco el Sumo Sacerdote.

Desde la vuelta del exilio, el sacerdocio ve aumentar su prestigio. Ahora que ya no hay rey, el Sumo Sacerdote es el jefe de la comunidad y su poder no deja de aumentar e imponerse tanto en la comunidad palestina como en la diáspora.

El rito de la unción del Sumo Sacerdote cobra su máxima expresividad, como antes la había tenido para los reyes. De hecho, muchos estudiosos consideran que en esta época se redactaron los textos que hablaban de la unción de los sacerdotes primitivos (así Ex 29,7 o Ex 30,22-33). Expresivas son las palabras del salmo 133,2 que describe la unción de Aarón, como prototipo del Sumo Sacerdote: **«Es unguento precioso en la cabeza que desciende por la barba de Aarón hasta la franja de su ornamento»**. El rito de la unción se llevará a cabo primero con el Sumo Sacerdote, pero con el tiempo el rito se extenderá también al resto de los sacerdotes (Ex 28,41; 30,30; 40,15).

Sea como fuere, es propiamente tras el exilio cuando el Sumo Sacerdote se convierte en «el ungido», un mesías actual, como antes lo había sido el Rey. El prestigio, la influencia y el poder que va a ir adquiriendo el Sumo Sacerdote, en principio un cargo vitalicio, explica que su unción cobre protagonismo y que sus funciones asuman las de los antiguos reyes.

De hecho, algunos textos proféticos asociarán progresivamente la realeza y el sacerdocio al tiempo escatológico. Antes, en Jr 33,14-18, se promete la continuidad dinástica y la continuidad del sacerdocio, pero NO HAY aún identificación entre sacerdote y rey. En Ez 45,1-8 vemos lo mismo: una relación estrecha entre el rey y el sacerdote, pero no propiamente identificación. Podemos pararnos en el texto de un profeta posterior al tiempo de la deportación, Zacarías. En Zac 4,1-14 la colaboración entre el sacerdote y el “gobernante” es máxima, aunque aquí el gobernante, Zorobabel, no llega a ser rey. Pero desde luego, el sacerdote y el gobernante no son aún la misma persona:

El ángel que hablaba conmigo se volvió y me despertó como a quien se despierta de su sueño. Me preguntó: «¿Qué ves?» Le contesté: «Veo un candelabro de oro macizo, con un cuenco en su remate y siete lámparas por la parte de arriba, y siete boquillas para las

## La Escritura en la catequesis

lámparas de encima. También dos olivos junto a él, uno a la derecha del cuenco y otro a su izquierda».

Pregunté entonces al ángel que hablaba conmigo: «¿Qué significan esas cosas, mi señor?». Me contestó el ángel que hablaba conmigo diciendo: «¿No sabes qué significan esas cosas?» Y respondí: «No, mi señor». Entonces me explicó: «Ésta es la palabra del Señor dirigida a Zorobabel: “No con poderío ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Señor de los ejércitos. ¿Quién eres tú, monte excelso? Ante Zorobabel, una llanura. Él extraerá la piedra de remate entre ovaciones. ¡Gracias, gracias por ella!”».

Se me dirigió la palabra del Señor:

«Las manos de Zorobabel fundaron este Templo, y sus manos lo llevarán a cabo. Así sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. ¿Quién despreciaba el día de los modestos comienzos? Pues se alegrarán al ver la plomada en manos de Zorobabel. Así pues, aquellos siete ojos son los del Señor, que discurren por toda la tierra».

Luego tomé la palabra y le pregunté: «¿Qué significan esos dos olivos a la derecha y a la izquierda del candelabro?». Y de nuevo le pregunté: «¿Qué significan las dos ramas de olivo que vierten su oro por los conductos dorados que descienden de ellos?». Me contestó diciendo: «¿No sabes qué significan esas cosas?» Y respondí: «No, mi señor». Me contestó: «Ésos son los dos hijos del aceite puro que asisten al servicio del Señor de toda la tierra».

(Zac 4,1-14)

La misma colaboración vemos en otro texto del profeta Ezequiel (Ez 6,13). En nota al texto que hemos leído de Ez 4,1-14, la Biblia de Navarra hace el siguiente comentario:

En esta visión el profeta contempla la estructura social y religiosa del pueblo tal como Dios la quiere a la vuelta del destierro. El candelabro de oro significa la comunidad; las siete lámparas, la gloria de Dios sobre ella; y los dos olivos, el poder social y religioso representados, respectivamente, en Zorobabel y Josué. Zorobabel llevará a cabo la tarea de terminar la reconstrucción del Templo bajo el auxilio del Espíritu de Dios, y venciendo todas las resistencias simbolizadas en el «monte excelso» (v. 7). Así va a llegar una época extraordinaria de paz y alegría a pesar de la modestia de los comienzos, es decir, de los pocos medios con que contaban para la reconstrucción del Santuario. Tanto el sacerdote Josué como el gobernador Zorobabel estarán al servicio de la comunidad y de la gloria del Señor (v. 11). Ambos son llamados «hijos del aceite» (v. 14), que viene a significar «ungidos». De aquella situación, interpretada de esta forma por el profeta, va a surgir la esperanza en la llegada de un Mesías sacerdotal y de otro davídico, tal como aparecerá más tarde en algunos escritos judíos que no pasaron a formar parte de la Biblia (cfr nota a 6,9-15).

Estos textos proféticos y la importancia que de hecho adquirió el Sumo Sacerdote en el gobierno de Israel a la vuelta del exilio prepararon la identificación entre realeza y sacerdocio que solo se dará en Cristo. Se preparó así el terreno para entender que la función sacerdotal y real, en un principio bastante distantes, se podían fusionar en la misma persona, en el «mesías». Por eso nos conviene tener una idea, al menos sintética, del papel que tuvo la figura del Sumo Sacerdote hasta la época de Cristo.

Los asmoneos, descendientes de los macabeos, al tiempo sumos sacerdotes y jefes de la nación judía, llegaron en el 143 a. C. — con Simón — a fundar una dinastía, cuando consiguen la independencia de los helenos (Israel será independiente desde ese año, 143, hasta el a. 63 a. C., cuando sean sometidos por Roma). Alguno de los descendientes de esa dinastía llegó a asumir de nuevo el título de rey (entre el 104 - 103 a.C.), pero no podían reivindicar para sí las promesas davídicas, porque no eran descendientes de David, no eran de la tribu de Judá.

Tras la intervención y dominación de Roma (a. 63 a. C.) y la instauración de la dinastía herodiana (Roma hace Rey de Israel a Herodes, un idumeo, un advenedizo, con el título de «Rey amigo y socio del pueblo de Roma»), el poder de los sumos sacerdotes disminuyó notablemente. La responsabilidad política se les escapó en parte. Tanto los romanos como Herodes y sus sucesores pusieron fin al carácter hereditario y vitalicio del sumo sacerdote. Pese a todo, **el Sumo Sacerdote seguía siendo el jefe incontestado de la nación judía, al menos a ojos del pueblo, que veneraba este cargo**, aunque sus titulares no siempre estuvieron a la altura requerida.

El Sumo Sacerdote era también el presidente del gran consejo o Sanedrín, institución suprema que gobernaba de algún modo la vida judía. La autoridad del Sumo Sacerdote solo fue contrarrestada por la influencia creciente de los “doctores de la ley” o “escribas”, cuya mayoría era de tendencia farisea.

**El mayor privilegio del Sumo Sacerdote consistía en penetrar, una vez al año, en el Santo de los Santos, en el día de la expiación, para ofrecer el sacrificio de expiación por los pecados.**

En la época de Jesús, el sumo sacerdote no era ya consagrado con la unción, sino con la investidura, imposición de vestiduras sagradas. Las vestiduras del Sumo Sacerdote habían venido a ser símbolo de la nación judía, y el poder político las retuvo bajo su custodia, como símbolo de su supremacía, en la torre Antonia, y eran restituidas a sus titulares con ocasión de las fiestas.

A título informativo

Frente a la aristocracia sacerdotal que formaban los sucesivos sacerdotes depuestos y sus familias, estaban los sacerdotes ordinarios, repartidos en 24 clases. Cada una de las

clases aseguraba el servicio del Templo durante una semana, de sábado a sábado. Vivían en la capital o dispersos por el país; éstos no subían a la capital más que para el cumplimiento de las funciones, asignadas a cada uno por suertes.

Los sacerdotes vivían de las ofrendas, de las que sólo una parte se quemaba en los sacrificios y de los diezmos, que se hacían insuficientes. Muchos trabajaban: bien tenían un trabajo manual, bien trabajaban como escribas. Además eran consultados en cuestiones de la ley, presidían tribunales y explicaban la Escritura en las sinagogas. Su contacto con el templo se limitaba a dos semanas de servicio al año, sin contar las grandes fiestas de peregrinación.

Los levitas formaban una especie de clero bajo, cuya función era la de las labores auxiliares del culto: orden, guardia, canto, etc. Al igual que a los laicos, les estaba prohibido, bajo pena de muerte, acercarse a los objetos sagrados o al altar.

#### IV. LOS PROFETAS COMO «UNGIDOS».

Ya decía el CCE que estos casos son los menos frecuentes. El “ungido” por antonomasia es el rey. Después del exilio cobra importancia la unción del Sumo Sacerdote hasta pasar a ser él el “mesías” actual. Vayamos ahora a los casos de los profetas como «ungidos».

En principio los profetas no son ungidos para cumplir su función, una función dada, de todas formas, por Dios. Sin embargo, el profeta Elías recibe la orden de ungir a Eliseo como profeta sucesor suyo (1Re 19,16) y dicha unción está vinculada a la donación de una parte de su Espíritu (Espíritu de Dios). Así en 2 Re 2,9.

En el profeta Isaías (Is 61,1) se expresa una unción por el Espíritu, no ya con el aceite, sino con el Espíritu de Dios, pero el ministerio que describe, la función que se describe no es la de un rey ni la de un sacerdote del AT, es la función, el ministerio de un profeta. Así pues, aquí también claramente, como en el caso de Eliseo, se trata de una unción profética:

“El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para llevar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos, anunciar la redención a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para anunciar el año de gracia del Señor, el día de venganza de nuestro Dios; a consolar a los que hacen duelo”

(Is 61:1-2)

La unción de Jesús en el Bautismo y su predicación en la Sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16 ss.) tienen como trasfondo esta descripción de la unción profética del profeta Isaías.

Tendríamos que entender también que el gran profeta de Israel es Moisés y en muchos pasajes de los evangelios se presenta a Jesús como un nuevo Moisés. Pero esto no nos da tiempo a desarrollarlo.

## V. LA ESPERANZA MESIÁNICA EN TIEMPOS DE JESÚS.

De lo que llevamos dicho, se entiende que la idea que dominaba la imagen del mesías era la del “rey”. Pero se había dado una fuerte espiritualización de la imagen del rey, como hemos venido viendo. Por otro lado, no se había abandonado la idea de un mesianismo político. Sobre todo durante la dominación griega y durante la ocupación romana, la idea del mesías volverá a retomar tintes políticos evidentes. La situación de opresión hará que, al recordar a David, el pueblo hebreo vuelva a añorar un mesías-rey que sea también un caudillo guerrero que les libere del yugo extranjero.

En la época previa a la aparición de Jesús, durante la vida de Jesús y hasta la nueva destrucción de Jerusalén por Tito en el a. 70 d. C., viven juntas ambas ideas en la mente de los judíos: 1º. la idea de un mesías-rey escatológico, que viene a implantar un reino de Dios, como una nueva creación, un tiempo y un orden del todo nuevo, cuya referencia más concreta era el paraíso perdido; y 2º. la idea de un mesías rey guerrero. La frontera entre ambas ideas no es clara y normalmente se confunden y se identifican. Ambos aspectos conviven y es difícil separarlos. Lo cierto es que en la época del NT percibimos que la esperanza mesiánica está extremadamente viva.

Cristo rechazará el aspecto más político o nacionalista de su mesianismo. No es que no sea rey («Tú lo dices, soy Rey...», le responde a Pilato), pero su reinado no se ciñe a Israel. Él es un Rey universal, en realidad es el Señor.

Entender que Cristo es no solo el «Rey de los Judíos», sino el Rey universal nos deja muy cerca de otro título: Señor (KYRIOS). Es el título con el que se designaban a sí mismos los emperadores romanos, como dueños del Orbe. La confesión cristiana, «Señor mío y Dios mío», reconoce en Jesús al único Rey absoluto, definitivo y universal, al que todos los reyes de este mundo, todos los pueblos, todas las culturas y todos los hombres darán cuenta.

Por otro lado la figura de Jesús como Mesías-Rey se ve caracterizada por todos los aspectos que la esperanza mesiánica de Israel había ido amalgamando alrededor de la idea del Mesías:

- por la imagen del Siervo a la que hemos aludido, que con su sacrificio trae la salud al género humano y hace nuevas todas las cosas;

- por la del Pastor, tan propia de Ezequiel y que toma fuerza en el evangelio de san Juan;
- también por la imagen del Sumo Sacerdote que entra en el Santo de los Santos para ofrecer un sacrificio anual. Cristo ofrecerá a Dios no un sacrificio anual, sino un solo y único sacrificio, eterno y eficaz, hecho de una vez para siempre;
- por la imagen del profeta que tiene parte en el Espíritu de Dios y trae el conocimiento de Dios y que, por tanto, puede iluminar el camino de su pueblo. Cristo es el profeta definitivo, no tiene un conocimiento parcial de Dios, porque él mismo viene de Dios y es Dios, por eso trae la revelación definitiva, él es la Palabra de Dios dada de una vez por todas, la plenitud de la revelación y es así Luz para el hombre y su camino, y muestra el camino hacia la vida verdadera con la nueva ley, como un más perfecto Moisés.

## **VI. CRISTO E HIJO DE DIOS («TÚ ERES EL MESÍAS, EL HIJO DEL DIOS VIVO»).**

Para nosotros decir que “Jesús es el Cristo” o decir que Jesús es el “Hijo de Dios”, son prácticamente iguales. Sin embargo, al hacer estas dos afirmaciones, verdaderas en todo caso, decimos dos cosas distintas —aunque no contrapuestas, sino complementarias—.

Cuando nosotros hoy hablamos del Hijo de Dios hablamos de Aquel que ha sido engendrado por el Padre desde toda la eternidad, del único engendrado por el Padre desde toda la eternidad. No creado ni hecho por el Padre, sino engendrado por él y sólo por él. El Hijo lo es solo del Padre y es Único, el Unigénito.

Sin embargo, la palabra *Cristo*, tal como hemos visto, hace referencia al Rey Ungido, al hijo de David en el que los judíos, con el correr del tiempo y al hilo de la revelación de Dios en la historia, fueron concentrando todas las esperanzas: el rey escatológico y universal, que implantaría el Reino de Dios, marcado por la justicia de Dios, por la liberación; que implantaría la Paz, el verdadero Pastor de Israel a través del cual Dios mismo conduciría a su pueblo e implantaría de nuevo una relación semejante a aquella que se describía en el *Génesis*, cuando se describía la cercanía de Dios al hombre diciendo que Dios se paseaba por el jardín a la hora de la brisa (verdadero Rey y Pastor). El que implantaría un culto verdadero, no meramente exterior, sino que implicase una nueva ley en el corazón; un culto eficaz, que llevase al hombre a la reconciliación con Dios y lo condujese a una cercanía no meramente externa, sino interior (así también verdadero Sacerdote). Aquel que sería ungido no ya con aceite, sino con el Espíritu de Dios y que así, lleno de este Espíritu, pudiese llevar al verdadero conocimiento de Dios (así también verdadero Profeta). Aquel que superaría la muerte, con el que llegarían los tiempos de la justicia que implicaba la restauración (y la resurrección) de los justos. Pero en

principio, por grandes que fuesen los atributos de este Mesías-Rey, Sacerdote y Profeta, por grandes que fuesen las obras que Dios realizase por su mano, ellos no esperaban que el Mesías fuese algo más que hombre.

Los cristianos hemos dicho, guiados no por nuestro capricho, sino por la revelación misma de Dios: Jesús, el hombre nacido de María es este Mesías esperado por el Pueblo de la primera Alianza, pero no es solo hombre, es el Hijo de Dios y Dios mismo. Quién es el Mesías y cuál es su obra, son realidades mayores que las que cabía esperar. San Pablo, que conocía las Escrituras con detalle y participaba de forma vehemente de las esperanzas mesiánicas, expresa perfectamente tanto el hecho de que Jesús es el cumplimiento de todas las promesas, como la forma, totalmente inesperada, en que Dios las ha cumplido. Sobre lo primero dirá por ejemplo: **«Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo...»** (Gal 4,4). Identifica a Jesús con el Hijo de Dios y con el cumplimiento, la plenitud de la historia que Dios puso en marcha con la creación. Sobre la sorpresa en cómo Dios ha llevado a cumplimiento sus promesas dirá: **«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo imaginar, lo que Dios ha preparado para los que lo aman»** (1 Cor 2,9), se refiere a lo que Dios ha hecho al enviarnos a su Hijo y todo lo que ha obrado por su mano.

Es decir, que nosotros, los cristianos, hemos identificado en Jesús al Cristo y hemos dicho que este Cristo es el Hijo de Dios. Pero es necesario que al confesar a Jesús como el Mesías y como el Hijo de Dios entendamos realmente toda la riqueza de cosas que estamos afirmando y que implican nuestra propia existencia.

Antes de que la fe de los apóstoles llegase a pleno desarrollo con la Resurrección y con el Don del Espíritu Santo, en el NT podemos distinguir, aún como diversas, tres expresiones:

- 1) “mesías” (ungido, cristo),
- 2) “hijo de Dios”; e
- 3) “Hijo”<sup>2</sup>.

Que la palabra “mesías” o “cristo” tenga un sentido diverso de “hijo”, ya ha quedado claro por lo dicho en las clases anteriores. Pero puede parecer chocante que la expresión “hijo de Dios” y la palabra “hijo” aplicados a Jesús tengan sentidos distintos. Los tenían en su origen, originalmente pertenecen a contextos distintos, aunque al final, en la fe desarrollada de los apóstoles, decir que Jesús es «el Hijo» y decir que es «el Hijo de Dios» va a ser lo mismo.

#### A) «Hijo de Dios»

Fijémonos por un momento en los grandes imperios orientales que rodeaban a Israel. Ya hemos dicho que en las culturas de los imperios orientales, como después por influencia suya en el imperio romano, los emperadores eran tomados como seres divinos. Aunque en esas

---

<sup>2</sup> Sigo a partir de aquí básicamente las explicaciones de J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Sígueme, Salamanca 142007), 183ss.



mismas culturas se había dado un proceso de “desmitificación”, es decir, un caer en la cuenta de que “divinos” lo que se dice “divinos” no eran. Eran tratados como si fuesen seres divinos, pero eso se debía más al poder que ejercían y a una cierta conveniencia política. La divinidad del emperador, aunque fuera una formalidad, ayudaba a mantener el orden político. ¿Cómo se había hecho este proceso de desmitificación? No de una forma abrupta, sino afirmando que el Rey era un «elegido», en ese sentido un «hijo de Dios». La expresión «hijo de Dios» referida a los reyes era esta convención, más política que otra cosa, de afirmar la superioridad del Emperador, como elegido de Dios, hecho «hijo de Dios» y así principio del orden social y político. En los ritos más primitivos de entronización el rey se presentaba como “engendrado por Dios”, aunque parece que solo Egipto conservó la idea de una procreación real del rey por Dios.

Israel, en contacto con estos pueblos, también usó la expresión «hijo de Dios» para hablar del rey, aunque desde luego, nunca en sentido literal, eso era incompatible con el monoteísmo judío y con la idea que Israel tenía de la trascendencia del Dios verdadero, el Dios que es distinto de todo lo creado, que no se confunde con ninguna de sus obras, ni con ningún hombre, que no tiene un nombre como los demás, que al dar su nombre dice: «**Yo soy el que soy**» (Ex 3,14). Israel usó la expresión “hijo de Dios” para afirmar que el rey, su rey, era un elegido de Dios, y hacía sus veces, en el ejercicio del gobierno del pueblo.

Este es el contexto en el que nació el salmo segundo, el contexto de la entronización y la unción del rey de Israel: «**Voy a proclamar el decreto del Señor. Él me ha dicho: “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemelo y te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra”**».

Aquí el “engendrar” no alude a un acontecimiento físico, sino al poder de la voluntad divina que recrea al elegido y lo convierte en el rey del pueblo.

Pero hay otros textos de la Biblia, más antiguos que el salmo 2, donde se hace referencia a un hijo de Dios. Así ocurre en Ex 4,22 donde Dios manda decir a Moisés: «**Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito**». El sentido es el mismo, lo que se quiere decir es que Israel ha sido amado y elegido por Dios como su pueblo. Cuando después la expresión se use para hablar del mesías-rey se estará diciendo que la llamada y la elección de Israel como pueblo se condensa en su rey, en el sucesor de David. «Él es el representante de Israel, el que reúne en sí el misterio de la promesa, de la vocación y del amor de Israel»<sup>3</sup>.

Así pues, la Biblia usa la expresión “hijo de Dios” para designar la elección por la cual Dios elige a su pueblo y a los reyes de su pueblo y les da una misión. No expresa generación real por parte de Dios, ni mucho menos divinidad. Con este sentido llega la expresión “hijo de Dios” a los tiempos del NT y es muy posible que en algunos de los casos en los que esta expresión se use para hablar de Jesús, en un primer momento solo tuviese este sentido asociado al del Mesías. Teniendo esto en mente, la primera idea que le viene en mente a un romano como Pilato cuando el Sanhedrín le dice que Jesús se «hace Hijo de Dios» es que se opone al

---

<sup>3</sup> Ibid., 184

Emperador. Al Emperador Augusto se le había dado el título de «hijo de Dios» (tomando este título de las culturas orientales, como ya hemos dicho). Se trataba a ojos de un procurador romano, en primer lugar, aunque puede que no solo, de una confrontación de «poder», una confrontación política, de ahí la presión que ejercen sobre él y la dificultad que experimenta para liberar a Jesús, aunque entienda que realmente Jesús no quiera desafiar al emperador romano Tiberio.

Pero la pretensión que Roma mostraba al llamar a su Emperador «hijo de Dios», una pretensión de dominio absoluto del divino emperador romano, iba a terminar chocando con el núcleo del anuncio cristiano, que al afirmar que Jesús es el verdadero Hijo de Dios relativizaba todo otro poder humano, un insulto a la divinización del poder político. Por eso hombres emperadores inteligentes como Marco Aurelio, persiguieron de forma implacable a los cristianos. Entendieron que su afirmación central, «Jesús es el Hijo de Dios», era lo mismo que decir que el poder imperial no era absoluto, ni podía tomarse por tal y así atacaba los fundamentos y el orden político del Imperio.

## **B) «El Hijo»**

Esta denominación proviene del ámbito de intimidad de Jesús con los discípulos y sobre todo de su vida de oración. Surge como correspondencia a la nueva invocación “Abba”. Solo la impresión y la centralidad de la expresión “abba” justifica que sea una de las escasas voces arameas, propias de los labios de Jesús, que se nos hayan conservado en el NT sin traducir al griego. “Abba” expresa una familiaridad tal que sería absolutamente inconcebible que un judío la utilizase para dirigirse a Dios.

En consonancia con la expresión “Abba”, está la conciencia de Jesús de ser “el Hijo” y de que en el grupo de los discípulos hable de sí mismo como de “el Hijo”. En el evangelio según san Juan esta forma de llamarse Jesús constituye el centro de la imagen que el evangelista tiene de su Maestro, que aparece en muy pocos textos de los sinópticos (aunque muy importantes, como en la instrucción a los discípulos, cuando les enseña a orar). En Juan, cuando Jesús se llama Hijo, no hace referencia a un poder que se atribuye, sino al carácter de relación absoluta de su existencia, la total unidad con Dios (igual que “yo soy”, “palabra” o “enviado”). Es la espina dorsal de la cristología de san Juan: la identidad del obrar y del ser. Por eso el cuarto evangelio nos ofrece un camino al ser que se esconde tras el fenómeno del puro aparecer. Eso no significa olvidarse de los actos, de la historia, del crucificado, para refugiarse en el ser y en la gloria. Porque el hecho de que toda su vida sea un servicio es la manifestación adecuada de su filiación.

El testimonio de Juan es prolongación del diálogo de Jesús con su Padre, que muestra el ser de Jesús como el Hijo verdadero y, al tiempo, su-ser-para-los-otros, su existencia para todos los hombres («por nosotros los hombres y por nuestra salvación...», que decimos en el Credo), hasta su muerte voluntaria en la cruz. Su filiación, su ser, se muestra en la obediencia a la

misión encomendada por el Padre: la donación de su propia vida y así la donación de su propio ser, de su propia identidad: hacer “hijos” a los que solo eran “imágenes” de Dios.

Ahora quiero recordaros algo que ya os dije de David, el tipo por excelencia del mesías, del rey de Israel: Si por algo se diferencia David del resto de los reyes judíos es por su obediencia y su amor entrañable a Dios.

La obediencia que es la propia de un hijo, el saber esperar de Dios sus tiempos, obediente a sus designios, se muestra, por ejemplo, en su renuncia a arrebatarse el reino a Saúl, aunque tiene oportunidad de hacerlo y sus amigos le incitan a ello, y a pesar de que el rey Saúl es injusto y busca matarlo.

El amor entrañable a Dios, amor lleno de piedad y de afecto sincero, se muestra por ejemplo cuando al introducir el arca de la alianza en Jerusalén, baila con simple roquete, una especie de camión, ante el arca de la alianza. Lo hace por pura alegría, por puro afecto. Su mujer, Mical, hija de Saúl, le reprochará que se ha expuesto a la mirada de todos como un bufón, pero la respuesta de David es genial: **«Por el Señor, mi Dios que me escogió y me prefirió a tu padre y a toda tu familia, estoy dispuesto a humillarme más y más»** (Cf. 2 Sam 6,13-22).

Pues bien, aquí se ve cómo el tipo principal del Mesías en Israel, el rey David, ya adelantaba con esta actitud filial suya, que el Mesías sería también «el hijo». Así leerán los cristianos la promesa que recibe del profeta Natán y que ya escuchamos: **«suscitaré después de ti un linaje salido de tus entrañas y consolidaré su reino. Él edificará una casa en honor de mi nombre y yo mantendré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo»** (2 Sam 7,12-14)...». Y lo referirán a Jesús, hijo de David e Hijo de Dios. David, con su actitud filial, con su obediencia y su afecto, preparó la unidad que vamos a contemplar enseguida en Jesús entre la misión dada por Dios, la función que designa el título de “Mesías”, “Cristo”, con su ser más íntimo: “el Hijo”, que expresará el título «Hijo de Dios».

### **C) La unificación de las dos expresiones “Hijo de Dios” y “el Hijo” y la lógica de la fe en Jesús como Cristo: mesianismo, filiación, Trinidad.**

Los apóstoles pudieron contemplar en Jesús esta pertenencia a Dios, que ya se había dibujado en David, de forma radical: su referencia al Dios era absoluta: no solo por su oración prolongada, sino en sus palabras, en sus gestos, en su celo, en su predicación, en todo remitía a Dios, como a la fuente única de su ser y de su misión. La obediencia filial y el afecto piadoso que había mostrado David se mostraban ahora en Jesús de forma radical. La profecía de Natán se cumplía en él de forma radical: **«Yo seré para él un padre y él será para mí un Hijo»**.

Es muy normal que la primera intuición de los Apóstoles fuera que estaban ante el «Mesías», el «hijo de Dios», entendiendo esta expresión en el sentido mesiánico que antes

hemos descrito, como el que tiene una relación estrecha y singular con Dios y una misión dada por él. Pero los apóstoles fueron también testigos de que las palabras, las obras y la oración misma de Jesús manifestaban una relación tan estrecha y tan singular con Dios que era más que lo que se esperaba del «hijo de David». La relación de todo lo que hacía, de todo lo que decía y de su ser mismo era absoluta, por eso pudieron empezar a entender que no solo era el Hijo de Dios en el sentido mesiánico, sino que era verdaderamente “el Hijo”, uno con Dios. Aunque hasta la resurrección no pudiesen llegar hasta el fondo de esta confesión.

Los Apóstoles fueron introducidos por Jesús en ese ámbito de intimidad entre Jesús y Dios; y en ese ámbito de intimidad Jesús se mostraba como el Hijo, el Hijo verdadero de Dios. Mostraba una relación única con Dios que solo la palabra «Hijo» era capaz de describir. Él era «El Hijo». Tras la resurrección, los Apóstoles pudieron llegar a entender hasta el final la realidad de lo que habían contemplado durante su vida y que esas palabras expresaban. Por eso es muy fácil entender que la expresión «hijo de Dios», que en un primer momento podía ser solo la afirmación de que él era el Mesías, el elegido por Dios, el Hijo de David, expresaba algo más que una función, algo más que la misión del mesías esperado, expresaba el núcleo íntimo de su ser: su ser Hijo.

Por eso la expresión “hijo de Dios”, que en un primer momento pudo usarse para afirmar que Jesús era el verdadero Mesías prometido, terminó siendo empleada muy pronto para afirmar que Jesús era “el Hijo”, uno con Dios. Es la afirmación central del NT, de la fe de los Apóstoles y el núcleo de todas las afirmaciones dogmáticas de los concilios de los primeros siglos de la Iglesia.

El hecho de que Jesús sea el Mesías definitivo, entender su mesianismo de forma radical, es decir, entender que es el Mesías prometido justamente por la singular intimidad con Dios, por su singular participación de su Espíritu, nos lleva y nos acerca también al centro de su ser, de su persona, que es al mismo tiempo el núcleo de la fe apostólica: que Jesús es «el Hijo». Y si es el Hijo verdadero Dios, entonces también es Dios. Lo cual nos dirige a la imagen de Dios, a la confesión de Dios como Trinidad.

Es decir, que el estudio de cómo Jesús cumple de forma exhaustiva y completa la esperanza mesiánica que en Israel se había ido enriqueciendo con el paso del tiempo, en el trascurso de la revelación divina, nos acerca a la comprensión de que él es el Hijo de Dios y Dios verdadero, de que Dios no es una soledad, sino una comunión. Nos lleva a la confesión cristológica y trinitaria, que es lo que aparece en el Credo: «Creo en Dios Padre todopoderoso..., en Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor... en el Espíritu Santo».

Tras la muerte de los Apóstoles, la Iglesia tuvo que profundizar y fijar, poner luz para comprender y delimitar la fe que había recibido de los apóstoles. Lo hizo luchando contra intentos de desviar o de reinterpretar esta fe apostólica. Y esta luz cristalizó en las definiciones

dogmáticas de los primeros concilios ecuménicos. El desarrollo histórico de estos concilios confirma lo que estamos diciendo<sup>4</sup>:

- a. la mesianidad radical de Jesús exigió la definición de su filiación divina: que sea el Hijo de Dios, él sea «el Hijo», tal como él se mostró —en la relación con Dios sobre todo— ;
- b. la filiación divina condujo a la definición de su divinidad;
- c. y su divinidad llevó a fijar el contenido del dogma trinitario.

Así que ahora, ya al final de nuestro curso, dejándonos guiar por la revelación en la historia de Dios que ha ido quedando plasmada en la Escritura y que ha llegado a su término en su Hijo, hecho hombre, muerto y resucitado, podemos volver sobre las palabras de Simón Pedro. Y podemos volver sobre ellas con una nueva luz y, teniendo ante nosotros a Cristo resucitado y vivo, confesar también nosotros con él: **«Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo»**.

P. Enrique Santayana C.O.

---

<sup>4</sup> Cf. *Ibid.* 178-179